

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

TEMPORADA DE ÁNGELES, O PARÁBOLA DE LISANDRO CON JESÚS

Con el recrudecimiento de la crisis por la que atraviesa el régimen cubano se han perfilado, durante el último mes de abril, un par de acontecimientos significativos. A las continuas protestas internas de intelectuales disidentes, como las del pasado mes de mayo, concertadas bajo el grupo Criterio Alternativo, se han unido, en las últimas tres semanas, las críticas de dos escritores que hasta el momento se han considerado adeptos al gobierno de Fidel Castro.

Lisandro Otero, actual vicepresidente de la Unión de Escritores y Artistas, conocido novelista, periodista y consagrado burócrata, inauguró el mes con un ensayo en *Le Monde Diplomatique*, cuyos veloces redactores proclamaron con el cintillo de "Manifiesto por una renovación política" y se afanaron por titular ellos mismos "Lo que debe absolutamente cambiar en Cuba." En su ensayo Otero habla, entre otras cosas, de la necesidad de abrir el espacio político, reformar la economía y reemplazar el liderazgo luego de tres decenios de mando. Al mismo tiempo, los redactores de *Le Monde Diplomatique* se ufanan de que el autor de *Temporada de ángeles* hubiese escogido las columnas de su prestigiosa revista para "exigir públicamente una renovación política del régimen de su país". Lo describían, además, como uno entre "aquellos, más y más numerosos, que denuncian el injusto embargo norteamericano pero que estiman que al fin llega la hora de una renovación interna". A pocos días de publicado el texto de Otero en París, el periodista y cineasta Jesús Díaz, luego de varias semanas de rumores acerca de su situación personal, hacía declaraciones parecidas desde Berlín, donde reside con su familia desde marzo de este año. Jesús Díaz hablaría, por su parte, de "la dogmática negativa de [Fidel] Castro a reformar una revolución en la que se han cometido una multitud de errores... en las áreas económica, política y cultural" (*El Nuevo Herald*, domingo, 5 de abril 1992).

No obstante la aparente novedad de sus críticas, ni Otero ni Díaz rompieron con el régimen. Si el uno hacía sus declaraciones en medio de una gira oficial, que luego de París le llevaría a Puerto Rico, el otro las pronunciaba "entre dos aguas": criticaba tanto al exilio y a los Estados Unidos como al régimen, aunque sus críticas sobre éste fueran más bien reservadas y en cambio se limitarían, cual nueva Casandra, a profetizar para Cuba "la tragedia que nos espera en el futuro". No es de extrañar, por eso, que las críticas de estos dos escritores oficiales hayan sido motivo de especulación en círculos del exilio cubano. O bien con ellas el régimen perdía a otros dos de sus más fieles adictos, o bien reflejaban, al lucir tan independientes, una nueva apertura —sobre todo en lo que toca a la función de los intelectuales dentro del régimen. El propio Otero, sorprendido ante la acogida que su ensayo tuvo en el exilio, insistiría a su llegada a San Juan (*El Nuevo Herald*, 1º de abril, 1992, pág. 1*) que se le había citado fuera de contexto, pues negaba que fuera un disidente, insistía en que era "un escritor revolucionario", y hasta llegó a especular que en la traducción francesa de su original se hubiese deslizado alguno que otro error de traducción.

La verdad es que la lectura de su ensayo ha sido mixta. Desde Londres Cabrera Infante vio en esas declaraciones las ansias de Otero por preservar "un fidelismo sin Fidel," mientras que Carlos Franqui, desde el propio San Juan, las caracterizó como burdo intento por "crear una falsa atmósfera de tolerancia en la isla con vistas a la próxima visita de Castro a España para asistir a la Segunda Cumbre Iberoamericana." Otros, en cambio, han sido más ávidos en su afán por encontrarle grietas al régimen. Ariel Remos, redactor del *Diario las Américas* (10 de abril, 1992), quiso leer el propio intento de retractación de Otero como evidencia de la importancia que tenían sus críticas, "declaraciones" hechas, según Remos, "en un arranque de sinceridad." Y hasta un crítico tan escéptico como mi amigo y colega Luis

Aguilar León ha querido ver, en el texto original, un "medroso encogimiento de este juez de hombres e ideas que tantas ferocidades disparaba hace una década" (*Diario las Américas*, 5 de abril de 1992, pág. 4-A). Como el texto de Otero es el que ha levantado más revuelo, en él me concentraré en esta brevísima nota.

De entre todas las opiniones emitidas hasta la fecha la más acertada me parece la de Franqui, al menos como punto de partida de un análisis más pormenorizado. Es cierto que las declaraciones tanto de Otero como de Díaz están destinadas al consumo del público europeo. Con ellas el régimen aspira a mejorar su paupérrima imagen no sólo en España, sino ante la Comunidad Europea entera. Como es harto sabido, el viaje de Castro a España no será sólo para asistir a la Segunda Cumbre; lo aprovechará, también, como una magnífica oportunidad para hacer relaciones públicas en un momento particularmente crítico. Con ello Castro incidirá en simbolismos oportunamente provistos por la "celebración" española del V Centenario y servido en bandeja de plata por el gobierno de Felipe González. (Esas relaciones públicas incluirán, según los últimos partes, un discurso de Castro en la expo de Sevilla el propio 26 de julio.) La estrategia del viaje sería, por tanto, contrarrestar no sólo aquellos recientes fracasos del régimen en foros internacionales —verbigracia, el reciente voto en Ginebra de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas contra el gobierno cubano, también disminuir el posible impacto de la reciente demanda que hiciera la Comunidad Europea el pasado mes de enero del cese de la represión de la disidencia (*El País*, 24 de enero, 1992, pág. 6). No es por azar que en su texto, escrito con cálculo y habilidad, Otero mencione —en medio de una sección que sus redactores franceses sub-titularon de "Abrir un espacio político"— cómo "por supuesto, *baria falta* tomar medidas (*il faudrait prendre des mesures*), para dar fin a los actos de repudio, esas manifestaciones de

reprobación, suerte de linchamientos verbales, alentados *al parecer (encouragés vraisemblablement)* por las autoridades, y destinados a ahuyentar, a intimidar a todos los que no están de acuerdo" (lo subrayado, y la traducción, son míos).

La estrategia de Otero, como indica esta cita, sería por tanto la de *recoger* las críticas más conocidas sin esgrimir las personalmente — ni siquiera como materia de principio. Vale decir: Otero pretende *flotar* una serie de ideas más o menos conocidas para así aparentar como dice Franqui, que en Cuba se permite la crítica (y hasta la insolencia) intelectual. El contraste evidente sería, en este sentido, el caso de los once intelectuales que firmaron, en mayo del año pasado, la declaración de principios contra el régimen que después les valió su expulsión de la Unión de Escritores y Artistas y prisión a varios de ellos, incluyendo a su líder, la poeta María Elena Cruz Varela. El contraste se afianza aún más si recordamos que en aquella ocasión el régimen movilizó una "contradeclaración," cuya firma fue exigida a todos los artistas residentes en la isla, pero a la que se sustrajo el propio Lisandro Otero, alegando entonces que su forma no había sido la correcta. En un final Otero terminó firmándola, toda vez que alegara que la noticia de su sustracción se había manipulado desde el exilio (*New York Times*, 29 de junio, 1991, pág. 2).

Sin embargo, el texto de Otero dista mucho de exigir, como quieren sus redactores franceses (y, al parecer, hasta algunos de sus opositores en el exilio), "una renovación política." Su propósito sería más bien la neutralización de las críticas que se le han hecho al régimen al ponerlas en boca de un escritor que, si bien oficial, no es miembro del partido, y que si bien sigue adicto al régimen, escoge hacer sus declaraciones en el exterior y en otro idioma. De ahí, también, que Otero describa la crisis actual, pero sin señalar a los responsables que la causaron; que reconozca el desplome mundial del socialismo real, pero no proponga maneras de deshacerse de él en Cuba; que abogue por el pluralismo, pero rechace enfáticamente el pluripartidismo que vienen pidiendo decenas de grupos dentro del país; que llegue a decir que "no es posible que un mismo grupo de dirigentes, por virtuosos e iluminados que sean, dirijan la vida de un

país por tres decenios," pero no nombre a esos dirigentes con pelos y señales; que admita que hay disidentes, pero que los tilde de "grupúsculos" que "no tienen base social y no tienen ninguna influencia en el seno de la sociedad"; que repudie los actos de repudio pero ni siquiera mencione a los otros miles de prisioneros políticos, las víctimas más actuales de esa política oficial. De ahí, en fin, que al retractarse de la "crítica" posteriormente Otero apenas refuerce el juego.

Ninguna de las descripciones que hace Otero de la actual situación cubana poseen novedad o validez crítica; su discurso no es el de un disidente, o siquiera el de un reformista. Todo ello resulta evidente, sobre todo, cuando se le coteja con las descripciones sobre la misma actualidad cubana hechas en el propio foro del reciente cuarto congreso del Partido, celebrado en octubre del pasado año. Si se revisan los resúmenes de las sesiones de ese congreso se verá que los propios dirigentes del régimen, incluyendo a Fidel Castro, discutieron los mismos problemas que Otero se afana por reiterar como suyos, nuevos, o críticos. Me refiero a temas como el mercado negro, la crisis del campesinado, la prostitución rampante, el fracaso del socialismo en Europa Oriental y la (ahora ex) Unión Soviética, y hasta el imperativo de un cambio. Todo eso forma parte del actual repertorio temático del régimen en su afán por perdurar a base de una franca "puesta sobre el tapete," si bien en el congreso todas esas críticas se formularon sin posibilidad de cambio sistemático: dentro del Partido todo, fuera de él nada. En el congreso ese lema fue explícito; en el texto de Otero es apenas una consigna que no se atreve a decir su nombre...

Dos puntos me quedan por abordar. El primero es la supuesta espontaneidad de estas "declaraciones". La noticia del texto de Otero primero se difundió como una "entrevista"; luego como unas "declaraciones"; y finalmente se supo que era un largo ensayo publicado en francés. La impresión primera, por tanto, fue la de estar ante un escritor que, al decir de Ariel Remos, tuvo "un arranque de sinceridad" a su arribo a la Ciudad Luz, y en un acto de valentía rompió con el régimen. Si se revisa el texto con cuidado se verá, en cambio, que hacia el final, en medio de una descripción del llamado Plan "Santa Fe y la posible

restauración de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba, Otero observa que esto ocurriría "en cuanto cesasen los vínculos militares con la Unión Soviética, lo cual está a punto de ocurrir. El pasaje, cuya torpeza se escurrió de entre la hábil revisión de Otero, permite remontar la fecha de la redacción del ensayo a antes de diciembre de 1991, que es cuando desapareció la Unión Soviética como entidad política y por tanto cesaron los tratados militares con el régimen cubano. Lejos de ser un escrito de conciencia, redactado a la luz de la libertad, el ensayo de Otero fue un texto lento, hábil y calculadamente cocinado en Cuba, al calor del régimen, meses antes de ser dado a conocer en el extranjero.

Dejo para el final una última incógnita: ¿quién es Lisandro Otero? Invito a mi desocupado lector a hojear conmigo las páginas del periódico *Excelsior* de la Ciudad de México, en especial los del 26 de octubre de 1982, 14 y 15 de agosto, y 17 y 19 de octubre de 1983. En ellas —o, en su defecto, las del libro *Disidencias y coincidencias en Cuba* (La Habana: Editorial José Martí, 1984) del mismo Lisandro Otero— encontrará una amplia muestra de los antecedentes del ensayo de marras y, de paso, un retrato de su autor. Cada vez que el régimen ha querido desacreditar a algún crítico suyo en el extranjero —llámese éste Valladares, Padilla o Cabrera Infante— o difundir la versión oficial en torno a la represión intelectual en Cuba —como fue el caso de Lezama Lima— ha tenido en Lisandro Otero un hábil y eficaz propagador, suerte de "intelectual orgánico" a sueldo. Lo cierto es que a lo largo de muchos años nuestro autor ha desempeñado una fiel y cabal función como *front man* para el régimen, sin que por ello haya menguado su reputación entre los círculos de la llamada "izquierda" latinoamericana. No parece verosímil, por tanto, que su más reciente ensayo sea la excepción a esta regla. Más cercano a la verdad, más patético, más vulgar, es que sea su última feliz entrega, su obra maestra, su culminación. □

ENRICO MARIO SANTÍ